



2 mayo 2018

# INFO SSCC

Hermanos – Brothers – Frères

124

Congregazione dei Sacri Cuori di Gesù e Maria; Via Rivarone 85; 00166 Roma  
[www.sccpicpus.com](http://www.sccpicpus.com)

**“¡Señor, sálvanos,  
que perecemos!”**

Mt 8,25

**“Señor, sálvame”**

Mt 14,30

Pintura de Françoise Emmanuel  
Monja del monasterio de Venière (Francia)



## La salvación

*Javier Álvarez-Ossorio  
Superior General*

Solo el que se está ahogando desea que alguien le salve. Solo el que no puede más se da cuenta de que necesita ayuda. Sin embargo, si estamos tranquilos y satisfechos, si nos sentimos fuertes y seguros, ¿por qué habríamos de esperar una salvación?

El cristianismo es una religión de salvación. La fe nos dice que somos limitados, que estamos dañados, que pecamos una y otra vez, que estamos metidos en un hoyo del que somos incapaces de salir. Solo el amor de Dios nos redime, nos perdona, nos repara, nos salva.

Las críticas más demoledoras a la fe se dirigen precisamente a esta visión que algunos pueden considerar antropológicamente pesimista. Como acusaba Nietzsche, el cristianismo necesita que los seres humanos se sientan débiles, miserables y culpables, para implorar así la salvación que Dios les trae. Es una religión de esclavos, incapaces de emanciparse por ellos mismos. Una religión que no acepta que el hombre pueda ser fuerte y luchar eficazmente por la libertad, la dignidad y el desarrollo. Una religión que encierra al ser humano en una dependencia vergonzosa. ¿Por qué tendría que venir alguien a salvarnos? ¿Salvarnos de qué?

## **¡Sálvame!**

Nietzsche tiene razón. Si me veo fuerte, satisfecho de mí mismo, y convencido de que tengo capacidades para alcanzar los objetivos que me propongo en la vida, el anuncio de una "salvación" me resultará superfluo o ridículo. Si no me reconozco pecador, necesitado de perdón, Dios irá desapareciendo del horizonte práctico de mi existencia. En definitiva, si no me doy cuenta de que me hundo, nunca gritaré hacia Jesús que es quien me puede salvar.

En el evangelio de Mateo, encontramos dos veces un grito de este tipo. Primero es un grito colectivo, de los discípulos en la barca, asustados frente a la tempestad: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" (Mt 8,25). Jesús está con ellos, pero duerme. La barca se dirige hacia el país de los gerasenos, tierra de paganos, fuera de los confines de Israel.

Más adelante, en una nueva travesía del lago, el grito se hace individual. La barca se dirige esta vez a Genesaret, tierra familiar para los discípulos. En medio de la tormenta, Jesús se acerca a los discípulos, que lo toman por un fantasma. Pedro pone a prueba a Jesús pidiéndole que le haga caminar sobre el agua. Pero al hundirse, grita: "¡Señor, sálvame!" (Mt 14,39). Y entonces se cumple en Jesús la hermosa imagen con que el salmo 18 (v. 17) describe la acción salvadora de Dios: "desde el cielo alargó la mano y me agarró, me sacó de las aguas caudalosas".

¿Acaso no sentís gritos como éstos en nuestra comunidad, o en el corazón de cada uno de nosotros?

"¡Feliz culpa, que nos mereció tal Redentor!", exclama el canto de la noche pascual. Bendita debilidad de los discípulos, que les hace volverse hacia su Señor dormido. Bendito hundimiento de Pedro, que, ahogándose, alza sus manos hacia el único Salvador.

Felices nosotros, cuando la verdadera humildad nos haga reconocer que somos pequeños, que no podemos superar nuestros límites, que no somos tan buenos como pensábamos,

que el peso de la vida es mayor que nuestras fuerzas, que somos torpes, incoherentes, mezquinos y siempre pecadores... Felices nosotros, porque solo entonces podremos comenzar a comprender el amor que brota del Corazón de Cristo, que cubre todos nuestros pecados y nos redime de todas nuestras miserias.

Si no reconocemos que nos ahogamos, no conoceremos a Jesús. El orgullo nos mata. La vanidad nos ciega. La confesión de nuestro pecado, sin embargo, nos abre a la salvación. Aunque se enfade Nietzsche.

## **iSálvalos!**

Hay otro grito que implora la salvación, pero no la mía o la de mi comunidad. Se trata del grito de la plegaria de intercesión por los que sufren y se pierden.

Podemos sentir ese grito en la súplica desgarrada que el funcionario real dirige a Jesús: "Señor, baja antes que mi hijo muera" (Jn 4,49). El que grita aquí por la salvación no es el que se hunde, sino alguien que siente el hundimiento de otro como un dolor en su propia carne.

A nosotros, religiosos, nos puede resultar difícil entender este segundo tipo de grito. No tenemos ningún hijo que se nos muera. Pero sí podemos llegar a amar de tal manera que el sufrimiento de otros se vuelva sufrimiento nuestro. Esa es la vía del amor verdadero. Cuando los otros nos duelen, entonces comenzamos a entender que Jesús salva.

El profeta Isaías (capítulo 65) describe la salvación como una tierra nueva en la que los niños no morirán, y en la que el fruto del trabajo se podrá gozar en paz (habitarán las casas que construyan, cosecharán los campos que planten)... "No se fatigarán en vano, ni tendrán hijos para una catástrofe" (Is 65,23). ¡Qué distinto a lo que vive la mayoría de la humanidad, sobre todo en zonas de guerra, de miseria y de persecución!

En nuestro ministerio de intercesión (cf. Const 5), vemos la catástrofe en la que se hundan tantos hermanos y hermanas nuestros, y pedimos para ellos la salvación. Nuestro grito ya no es solo "¡sálvame!" o "¡sálvanos!", sino que, olvidando la preocupación por nosotros mismos, imploramos al Señor: "¡sálvalos!"

Si en nuestra oración solo pedimos por nuestras cuitas, o nos compadecemos excesivamente de nuestros (a menudo triviales) problemas, difícilmente entenderemos cómo Dios desea salvarnos. Si, por el contrario, nuestra oración y nuestra acción se centran en el dolor de los otros, nuestro corazón se estará acercando un poco más al del Maestro.

## La obra salvadora

"Nuestra consagración nos llama a vivir el dinamismo del amor salvador" (Const 2). Y la reparación "nos envía a anunciar la Buena Noticia de la salvación" (Const 4).

Jesús es el que salva. Su nombre es Jesús, "porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21). Su nombre es también "Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros" (Mt 1,13), porque realiza su obra salvadora convirtiendo a Dios mismo en nuestro compañero de camino.

La obra de Jesús se realiza "por nosotros", por nuestra salvación. El Nuevo Testamento no se cansa de repetir que "Cristo murió por nosotros" (Rom 5,8), igual que su cuerpo se entrega "por nosotros" (cf. Lc 22,19) y su sangre se derrama "por nosotros" (cf. Lc 22,20).

La Congregación existe gracias a ese amor salvador. Y existe para que sepamos, saboreemos y anunciemos que, es verdad, somos pecadores, pero que no hay que desesperarse por eso, porque Jesús siempre nos saca de las aguas en las que nosotros -y todos- nos hundimos.



Esta es la última carta que os mando en INFO. Durante doce años, os he enviado casi todos los meses una pequeña meditación sobre diferentes aspectos de nuestra fe y de nuestra vida como SSCC. Algunos me habéis dicho que, a veces, la carta ha servido para la reflexión personal y para diálogos en comunidad. Me alegro mucho. Agradezco la atención que hayáis podido prestar a estas palabras que salían del corazón, del estudio, y de los encuentros tenidos a lo largo y ancho de la Congregación. Agradezco también el servicio precioso y constante de los traductores, principalmente Alphonse, Richard y Ed, que ha hecho posible que la carta se publicara puntualmente en las tres lenguas en que se hace INFO. ¡Gracias!

JAO